

18 mayo-06
JYCB

17-nov-08
UUPS

*Falta pag. 66-67

108446

MDRCS

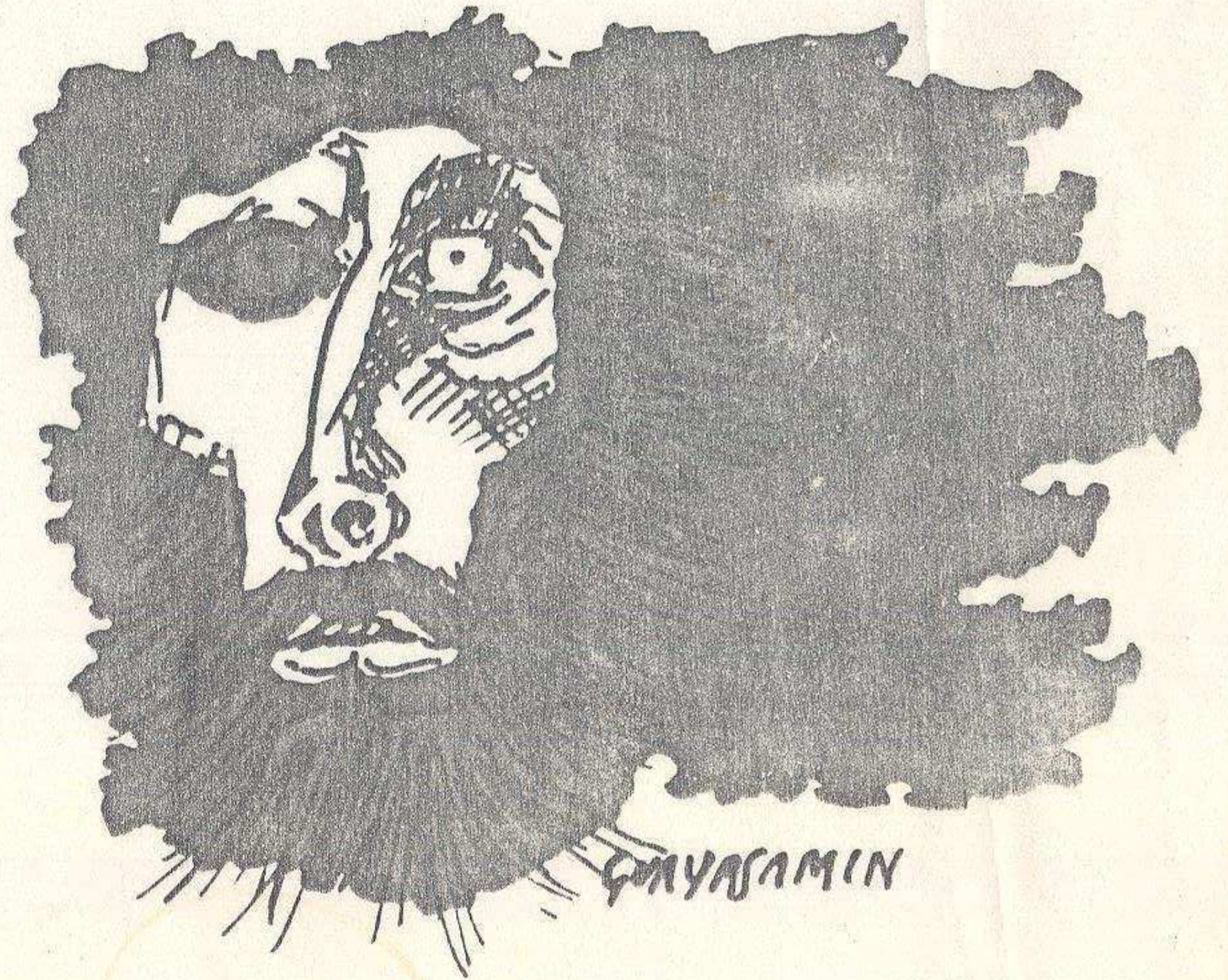
C-1

Impreso Serviprensa Centroamericana

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

EL SANTO DE FUEGO

MARIO
MONTEFORTE
TOLEDO



1a. Edición, México, 1976
2a. Edición, México, 1986
3a. Edición, Guatemala, 1988

© Mario Monteforte Toledo

Prohibida la utilización o reproducción por cualquiera de los medios de impresión o difusión existentes o por usarse, sin autorización escrita del autor. La misma autorización requiere cualquier cambio de forma o fondo que proyecte la dirección escénica de la obra.

Esta no es una obra histórica —lo cual evitará la molestia de encontrarle anacronismos y fantasías— sino una visión a distancia de lo que pudo ser y en buena medida aún es. Los personajes pertenecen ante todo al teatro, y a fuerza de amarlos u odiarlos, los he convertido en lo que ahora son. Cualquier semejanza entre ellos y personajes de la vida real no es casualidad.

M.M.T.

Estreno mundial, Teatro Sucre
Quito, Ecuador, 19-X-1983

MARIO MONTEFORTE TOLEDO

EL SANTO DE FUEGO

TEATRO

Serviprensa Centroamericana
Guatemala, C.A. - 1988

El Santo de Fuego / Mario Monteforte Toledo

hundir de vez en cuando algún galeón? Y los piratas... ¿Por qué no trabajan los piratas?

LABRIEGO 2. Las tierras nuevas no se ocupan con cuatro gatos; la tierra necesita amos. Es mejor que vengan más de los nuestros. Hay demasiados indios; un día van a reunirse y nos arrojarán al mar.

LABRIEGO 3. ¡Bah! Los vencidos no se levantan, sobre todo cuando les ha caído encima el peso de Dios y el del rey. Hay que verles la mirada: no la apartan del suelo ni para averiguar si lloverá. La gente que mira al suelo nació para obedecer.

LABRIEGO 4. ¡Más vino, tabernero!

LABRIEGO 1. La apartan para ver lo que les interesa, no te apures, y para ver qué nos roban.

LABRIEGOS. *(Chocan sus vasos, beben y golpean la mesa al dejarlos vacíos.)*

CRIADA. *(Mujer de unos treinta años, con cierta hermosura solemne e inexpresiva. Pone un porrón en la mesa y trata de alejarse de Labriego 1, que le da una nalgada. Los demás Labriegos miran a la mujer con procacidad.)*

LABRIEGO 4. Yo sé distinguir las miradas. Las hay secas, como petardos; las hay húmedas, como las de los mastines que te lamen la mano y de pronto ¡zas!, te hincan los dientes; las hay cargadas de odio, como si nos contaran las horas y los pasos. *(Se inclina, confidencialmente.)* Hay otras como los pantanos, quietas, verdosas, y en el fondo esconden miasmas y escorpiones.

LABRIEGO 3. Tú siempre con tus espejismos y tus fantasmas... Estos no son hombres: son como... turcos, sólo que más brutos. El hombre debe erguirse de vez en cuando y dar coces, aunque sea contra el agujón, ¡qué diablos!

LABRIEGO 2. Bueno, si no fuera por ellos, no seríamos caballeros.

LABRIEGO 3. Caballeros... ¿Dónde se ha visto caballeros que trabajen? Sólo al embustero del señor Las Casas se le puede ocurrir que somos Caballeros de la Espuela Dorada. Un labriego sólo es igual a otro labriego, aunque se ponga una corona más grande que la de la virgen de Concepción.

LABRIEGO 1. ¡Estoy harto de eso de la igualdad y la beatería y la felicidad de todos! Llevo en la encomienda tres años y apenas he juntado un talego de perlas y unos granos de oro. ¿Dónde está el paraíso? A mí me importa el de este mundo: después, ya veremos. Las perlas están cada día más hondas; pero no se puede hacer bajar a los indios porque es pecado; y es pecado folgar y es pecado beber... Mira a los soldados, y a los encomenderos y a los frailes. Esos sí han encontrado el paraíso.

TAMAYO. *(Renueva el porrón, limpia la mesa con un trapo y va a marcharse.)*

LABRIEGO 1. *(Lo retiene y tira de él.)* ¿Y tú quién rayos eres?

TAMAYO. Tamayo me nombran, señor.

LABRIEGO 1. *(Lo empuja con desprecio y bebe.)*

PRIMER ACTO

(Santo Domingo, en La Española, principios del siglo XVI. Atrio de la catedral —cuya fachada se ve al fondo—, con mercado de indios medio desnudos sentados en el suelo o transitando lentamente. A izquierda, portal con merenderos y una taberna. A derecha, el palacio de gobierno.)

ESCENA I

(Una taberna. Españoles —pequeños mercaderes, soldados— beben y ríen a gruesas carcajadas. Cuatro labriegos, con aspecto de modestos señores y una espuela dorada pintada en el jubón, beben y charlan alrededor de una de las mesas. Criada india se afana sin prisa entre la clientela; la ayuda un muchacho de unos diez años. Se escucha de vez en cuando el rasgueo de una guitarra. Marineros recién desembarcados, con sus sacos de viaje al hombro, cruzan el atrio abriéndose paso por el mercado y hacen mutis al fondo. Al final de la escena aparece fray Antonio de Montesinos, capellán de la iglesia: hombre magro, desgarrado, con aspecto de violento anacoreta y aire de indiscutible autoridad.)

LABRIEGO 1. *(Viendo pasar a los marineros recién llegados de ultramar.)* Más buitres, más barrigas que llenar... Parece que España se vacía. Decididamente, las tormentas no están a nuestro favor. ¿Qué esperan para

LABRIEGO 3. ¿Os fijasteis en el arcón que traía el encomendero Las Casas? No se desprendía de él ni para dormir y lo acariciaba como si fuera el vientre preñado de una mujer. Y no es porque llevara ahí verdolagas y pedruzcos de colores. Trae perlas... y oro; como mil onzas de oro.

LABRIEGOS. (LOS DEMAS.) ¡Mil onzas!

LABRIEGO 2. Ya veis cómo todo se reparte por parejo.

LABRIEGO 1. (Tras breve pausa en que todos beben.) Avaro de mierda... Lo odio, porque me engañó. Me acuerdo de todas sus palabras "Deja tu casa y sígueme", decía. "Estás joven y aquí seguirás siendo nadie; los pobres sólo cambian para ser más pobres. Allá serás señor", decía. "Al servicio de Dios y de su majestad encontrarás prosperidad y fama". Hacedme el favor... ¿Y sabéis qué es lo que más me caldea la sangre de rabia y vergüenza? Que le creí. ¡Todo se lo creí!

LABRIEGOS (LOS DEMAS.) *Risotadas.*

LABRIEGO 1. Sí: yo he venido a ser igual; pero no igual a los que se conforman con mendrugos sino al señor Las Casas. (Se besa los dedos en cruz.) ¡Lo juro por los huesos de mi madre!

LABRIEGO 2. Eso se dice fácilmente. Sin guerra no veo cómo reuniremos botín. Además, él es el dueño de la encomienda, y los demás, que se pudran...

LABRIEGO 1. Hay modo de que no se pudran. (Se inclina y baja la voz.) Cumaná queda lejos del gobierno de La Española. Las

noches son largas y el viento se lleva todos los gemidos...

LABRIEGOS. (Breve silencio.)

LABRIEGO 2. (Da un fuerte golpe sobre la mesa.) Lo que tramas es sucio, y es pecado. ¿Cómo puedes estar tan podrido siendo tan joven? ¡No quiero oírte más! (Se pone de pie y se le va encima a Labriego 3. Están a punto de darse de golpes.)

LABRIEGO 4. (Se interpone y aparta a los dos hombres.) Sentaos; calma. No es por ahí, caballeros de la Espuela Dorada. El paraíso se encuentra más lejos que Cumaná. Ningún mundo nuevo vale la pena de pensarse si no se intenta recuperar el Edén.

LABRIEGOS. (Ya sosegados, se inclinan curiosamente sobre Labriego 4.)

LABRIEGO 4. (Evocativo, como en trance.) Allá en Tierra Firme están las siete ciudades de que habla Amadís. Pájaros que se detienen en el aire como puñaladas de esmeralda, frutas que dan alucinaciones, animales que idiotizan con la mirada; árboles como catedrales devoran a quienes se detienen a pensar demasiado, y a los que duermen.

LABRIEGOS (LOS DEMAS.) ¡Ah!

LABRIEGO 4. (Como en una ensoñación.) Pero allá están las ciudades adornadas con pedrería que agarra al sol y lo convierte en una cascada de esplendores; allá están los templos cubiertos con monstruos de obsidiana y dentaduras de diamantes de este tamaño; y la fuente de la eterna juventud, que hace a los hombres de doscientos años

engendrar doscientos hijos; y las mujeres prietas de ojos verdes que pueden fornicar seis días con sus noches. Y el oro, montañas de oro, ríos de oro donde hasta el lomo de los peces brilla. ¡Allá está el paraíso, os digo!

LABRIEGOS. (LOS DEMAS.) *Miran en silencio el fondo de sus vasos.*

Tamayo recambia el porrón de vino y se retira.

LABRIEGO 2. La muerte y el oro... (Agarra por la manga a Labriego 4.) ¿Tú lo has visto?

LABRIEGO 4. Un indio viejo, enloquecido por las distancias y las hierbas ceremoniales, me lo contó.

LABRIEGO 1. ¿Dónde queda eso?

LABRIEGO 4. Tierra adentro, hacia el Sur, y hacia el Norte. Las Indias son largas, desde las nieves de arriba hasta las de abajo. El viejo encontró un imperio de mujeres que forman ejércitos y matan a los hombres entre sus piernas. Se llaman Amazonas y su padre es un río.

LABRIEGO 2. Vamos. vamos... Los ríos no tienen hijos.

LABRIEGO 4. Allá sí; allá todo es posible, todo. ¿Comprendes?

LABRIEGO 2. (Murmura.) Ríos de esmeraldas, bestias que comen diamantes, mujeres con el sexo de oro...

LABRIEGO 3. (Tras pausa.) Pero esos tesoros no andan sueltos. De seguro los indios los cuidan, y los cuidan armados. Habrá que quitárselos. Nadie suelta la riqueza si no se le quita a la fuerza.

LABRIEGO 2. Eso quiere decir guerra, y el señor Las Casas nos ha enseñado que la guerra es injusta y que se condenará quien la haga.

LABRIEGO 1. (Con sorna.) Con los indios debe usarse la persuasión...

LABRIEGO 2. (Agarrando por el brazo a Labriego 4.) No nos estás engañando, ¿verdad?

LABRIEGO 4. Se suelta de golpe, se pone de pie, busca en su faltriquera y con movimiento seco pone sobre la mesa un puñado de pepitas de oro y de piedras preciosas.

LABRIEGOS (LOS DEMAS.) ¡Ah...!

LABRIEGO 4. Allá está el paraíso, os digo.

LABRIEGO 2. Y nosotros somos la serpiente, la serpiente de oro...

LABRIEGOS *quedan en silencio, como ausentes.*

ESCENA II

(Sin transición, se acerca TAMAYO a recambiar el porrón de vino.)

LABRIEGO 1. (Da un empujón al muchacho que se aferra al porrón para no botarlo, y grita.) Que nos sirva la mujer. ¡Tabernero, que venga la mujer!

CRIADA se acerca con el vino.

LABRIEGO 1. Ven, guapa...

(Labriego 1 la abraza y la manosea, la apoya contra una mesa y se le va encima, tratando de subirle la ropa. La gente grita, enardecida. Toda esta escena de violencia es rápida y su entera verosimilitud debe cuidarse.)

TAMAYO. (*Aferra a Labriego 1 por la ropa de la espalda, lo tironea.*) ¡Déjala, déjala! Es mi mamá, es mi mamá...

LABRIEGO 1. (*Se vuelve sin soltar a la mujer y empuja violentamente al muchacho.*) Lárgate.

(*Tamayo se hace de una jarra, se le va encima al hombre y le da un duro golpe en la cabeza.*)

Labriego 1 suelta a la mujer, se incorpora muy dolido y se apoya en la mesa para no caer.

Labriegos 2 y 4 lo asisten; Labriego 1 reacciona y persigue al muchacho, hasta darle alcance poco antes del mutis; va a darle un tremendo golpe en la cara.

MONTESINOS. (*Aparece de pronto, erguido y lanza un grito estentóreo.*) ¡Quietos!

LABRIEGOS 2, 3 y 4. (*Murmuran.*) ¡El padre Montesinos!

Labriego 1 suelta al muchacho y éste va a abrazarse a las rodillas del fraile. El silencio es total. La criada se compone la ropa y va también hasta el fraile.

Montesinos hace salir de la taberna a la criada y al muchacho, pasea una mirada fría sobre la concurrencia y se va.

LABRIEGO 1. (*Deteniéndose un trapo contra la herida, lentamente apunta con el brazo extendido hacia el sitio por donde acaba de irse Montesinos y dice en voz ronca, con inaudita furia.*) ¡Malditos, malditos! Esto no se queda así.

ESCENA III

(*Austera sala de audiencia del gobernador de La*

Española. En torno a una mesa con mapas y planos, cuatro encomenderos, el gobernador y Bartolomé de Las Casas.)

ENCOMENDERO 1. Aquí va la línea divisoria, perfectamente trazada sobre treinta lomas como puntos de referencia. Hasta los árboles grandes y las pequeñas quebradas se marcan. A Levante y a Poniente están los ríos, y al Norte el mar. (*Al gobernador.*) Como veis, ninguno de los linderos puede moverse, ni una sola vara. No veo dónde está la controversia.

ENCOMENDERO 2. Lo mismo digo, excelencia. Yo no sé mucho de leyes; pero conozco lo tenido por andado. Mis colindancias están en regla, fijadas, reconocidas y firmadas por su majestad, que Dios guarde.

ENCOMENDERO 3. Aquí se ve lo mío. Fijaos, excelencia. Aquí, y aquí... Si algunas tierrucas pudiesen discutirse sería a mi favor; son las que el río cambia de lugar.

GOBERNADOR. (*En vista del silencio del Encomendero 4.*) ¿Y vos qué teneis que alegar?

ENCOMENDERO 4. (*Con desidia.*) Es fatigoso discutir de propiedades. Los señores gastan, no cuentan. Esta disputa no es cosa de leyes; sólo los pobres hablan de leyes.

GOBERNADOR. (*A Las Casas, que parece ausente.*) A primera vista, los derechos parecen establecidos. ¿Estais de acuerdo?

LAS CASAS. (*Comedido, y un tanto inseguro, como se le ve durante casi toda la escena.*)

No es de linderos de lo que he venido a querellarme. Excelencia. Se trata de lo mismo que me trajo el año pasado.

ENCOMENDERO 2. ¿Lo veis, lo veis? Es la vieja historia. No acabaremos nunca. *(Al gobernador.)* Tal parece, excelencia, que vuestra autoridad estuviera pintada en la pared.

ENCOMENDERO 1. Mientras se le siga haciendo caso a ciertas personas, no habrá paz en ultramar.

ENCOMENDEROS. (LOS DEMAS.) Sí, ya basta; es el colmo...

GOBERNADOR. *(Golpea discretamente la mesa. A Las Casas.)* ¿Qué teneis qué decir, caballero?

LAS CASAS. Permitidme que insista en fijar la controversia. Denuncio, lamentablemente por tercera vez, que hombres de armas al servicio de mis vecinos incursionan en mis aldeas, capturan a mis indios y se los llevan a trabajar en su provecho. Denuncio, por segunda vez, que mis vecinos porfían en hacerse de perlas en mis placeres usando indios, antes de que rompa el día, y forzándolos a sumergirse hasta que les lloran sangre los ojos y les estallan los pulmones. Denuncio, lamentablemente por cuarta vez, y según las Ordenanzas de mayo de 1507, que...

ENCOMENDEROS. ¡Ya, ya! ¡Fárrago leguleyo! Los cargos son falsos, falsos de toda falsedad...

GOBERNADOR. *(Alzando la voz.)* ¡Orden,

caballeros! *(En voz más atemperada, a Las Casas.)* Si alegais violaciones a vuestros derechos debéis recurrir a la Audiencia.

LAS CASAS. No se trata de mis derechos sino de una situación que afecta los dominios de su majestad.

GOBERNADOR. *(Impaciente.)* ¿Qué pretendéis, entonces? ¿Puede saberse en concreto?

LAS CASAS. Una orden de respetar el derecho ajeno, dictada por vos.

ENCOMENDERO 4. ¿Y eso qué es?

GOBERNADOR. *(Con cierta impaciencia.)* No os comprendo. Sin ánimo de ofenderos, tal pareciera que os calientan el seso los libros de Caballería, los soles antillanos y las remotidades. La verdad sea dicha, perturbais con vuestras razones; pero sigo sin comprenderlas. Quereis proceder como un apóstol y cuidais de vuestros bienes como un mercader. Defendeis a vuestros indios como a seres inferiores y reclamais para ellos responsabilidades de hombres libres. Citais leyes y no obstante, me pedís que ordene y dirima sin juicio, conforme al honor y a lo que no es propiamente la ley...

ENCOMENDEROS ¡Bien dicho, muy bien dicho! ¡Eso es!

ENCOMENDERO 4. Más claro, agua, excelencia. Habeis interpretado los torpes pensamientos de vuestros humildes servidores. Un encomendero no es, no puede ser juzgador de sus iguales. La mejor base de la propiedad es la solidaridad, en las buenas y en las malas.

ENCOMENDERO 1. Sois cínico, o por lo menos desconcertante, señor de Las Casas. ¿Se ahogan menos vuestros pescadores de perlas que los nuestros? ¿Por ventura buscáis oro en las entrañas de la tierra disciplinando a los peones con agua bendita? ¿No son los indios los que cargan vuestras mercancías y a veces, con todo y espuelas, hasta a los españoles?

ENCOMENDERO 2. Además, os hicisteis dar una concesión tan grande como un país. Poco a poco os vais extendiendo, amparado por la lejanía.

LAS CASAS. *(Titubeante.)* Jamás he dado un paso sobre... sobre lo que no me pertenece.

ENCOMENDERO 4. Sí, sí lo habeis dado. No se pisotea el fuero ajeno sólo traspasando linderos sino también minando la autoridad de vuestros pares. Teneis la lengua agobiada de leyes; mas pretendéis aplicarlas a vuestros iguales, no a vuestros servidores, cual debe ser. Se es un señor o no se es un señor.

LAS CASAS. Yo no pretendo cambiar vuestro orden. *(Enfático.)* Os juro que no me mueve el interés. Nunca he...

ENCOMENDERO 1. Es imposible convencer con utopías mientras se acumula riquezas, caballero. No os reconocemos como nuestro juez.

ENCOMENDEROS. ¡No os reconocemos!

GOBERNADOR. *(Con cierto paternalismo)* Señor de Las Casas: méritos y no intrigas os ganaron el reconocimiento de España y la encomienda de que en buena hora gozais.

ENCOMENDEROS. ¡Muy bien dicho, excelencia.

GOBERNADOR. *(Con energía)* ¡Por favor, caballeros! *(De nuevo en tono comedido a Las Casas.)* Señor de las Casas, voy a daros mi opinión. Pero antes permitidme haceros una pregunta: ¿No es verdad, como lo es, que en el goce de tal merced aplicais procedimientos usuales en el Nuevo Mundo?

LAS CASAS. Pues... sí, excelencia. Pero trato de...

GOBERNADOR. Quizá, quizá. Sin embargo, rompéis la unidad entre los españoles, con noticias de ello en ésta y en otras islas de la vastedad antillana. Sois, pues, un... obstáculo para la colonización.

LAS CASAS. No hay buen orden que no sea cristiano, excelencia.

GOBERNADOR. Soy una autoridad civil, no un teólogo, para determinar hasta qué punto un orden es cristiano o es... indispensable. Si teneis queja legal, dirigíos a la Audiencia. Por mi parte, el caso ha terminado. Y a menos que cuando tenga el honor de veros de nuevo traigais otro con temas de mi estricta competencia, me veré en la necesidad de lavarme las manos.

(Mira a los encomendaderos imponiendo silencio. Todos se ponen de pie. Los encomendaderos recogen sus documentos, saludan ceremoniosamente y se dirigen a la puerta.)

ENCOMENDERO 4. *(En voz baja, sonriendo.)*
Adiós, reino de los caballeros de la Espuela

dorada.

ENCOMENDERO 3. Y ahora, a dormir tranquilos.

ENCOMENDERO 2. (*Deteniéndose un momento.*) Quién sabe. Como este tío no hay otro terco en todas las provincias de España.

(*Encomenderos, mutis.*)

(*Las Casas también se encamina a la salida, tras recoger sus planos.*)

GOBERNADOR. Caballero... (*Al detenerse Las Casas sin volverse a mirarlo.*) Comprended, os lo ruego. Cuido los intereses del más grande imperio de la tierra.

LAS CASAS. (*Se vuelve lentamente, mira con fijeza al gobernador.*) ¿Estais seguro?

(*El gobernador alza los brazos y abate la cabeza. Las Casas sale a paso rápido.*)

ESCENA IV

(*Atrio de la catedral de Santo Domingo. Frente a la puerta, Bartolomé de las Casas y fray Antonio de Montesinos, dominico, párroco, se pasea meditativamente frente a la iglesia.*)

LAS CASAS. (*Entra indeciso, se retuerce las manos. Por fin se decide.*) Quiero dar confesión, padre.

MONTESINOS. (*Hombre duro, con algo de anacoreta.*) Te la niego.

LAS CASAS. Busco a Dios y no podeis cerrarme su casa. Dios está ahí (*señalando dentro del templo*), cerca de los pecadores.

MONTESINOS. El no está cerca: está lejos y hay que alcanzarlo todos los días, sobre el desgarramiento y los despojos de uno mismo.

LAS CASAS. Soy un pecador y os conjuro a que me confeseis.

MONTESINOS. Eres un verdugo. Yo no confieso a los de tu clase; ya lo sabes.

LAS CASAS. No podeis clasificar así a los hombres. ¡No podeis!

MONTESINO. Sí, por cierto. Sí, en estas tierras.

LAS CASAS. Dios no puede aprobar vuestro juicio. La santa religión no admite otros caminos que los propios.

MONTESINOS. Eso es cosa suya y mía.

LAS CASAS. La autoridad me sirve para hacer el bien, impartir justicia y buscar la felicidad entre españoles e indios por igual.

MONTESINOS. Te sirve para condenar tu alma. ¿No comprendes? La justicia a medias no existe. La justicia es un incendio en cuyas llamas vale la pena morir. La fe arde; todas las formas de fe están ardiendo. Pero tú juegas con trampas. Procuras engañar a Dios con una máscara de piedad y amasas fortuna mientras él duerme. La encomienda es la incubadora de los más abominables pecados que cometen los españoles en el Nuevo Mundo: el robo, el asesinato, el estupro, la mentira, la soberbia.

LAS CASAS. Pero la ha dado el rey... Al recibirla yo no mando: obedezco.

MONTESINOS. Eso tiene un nombre: se llama hipocresía. La hipocresía no es pecado; pero

sí cosa fea, indigna de caballeros y de personas erguidas. Si te conformas con guardar el cuerpo, sigue invocando leyes y Ordenanzas; pero no vengas a molestar a Dios.

LAS CASAS. Es mi alma la que me acongoja, padre. Cada día siento mayor tentación de ser fuerte y abandonar la tolerancia y la misericordia. Para continuar aquí debo imponerme con armas y fraudes, amasando bienes. Pero eso sería dejarme ganar por la violencia.

MONTESINOS. Pero tú sigues siendo un explotador, un ladrón de tierras, aunque con más astutas razones. Se hacen sospechosos los que constantemente hablan de leyes, tanto como los que constantemente hablan de honor. Todas las tierras de América pertenecen a quienes aquí estaban antes de que se clavaran los pendones de Castilla y Aragón; y todas las leyes que invocas, las justificadoras del despojo de esas tierras y su reparto entre los nuevos amos, están corrompidas desde su origen. ¿Qué quieres, entonces, que por arrepentirte en el confesionario Dios bendiga tus propiedades y tu usura?

LAS CASAS. Quiero salvar mi alma y quiero salvar a los hombres; a los indios, mis hermanos, de la esclavitud y del sufrimiento. Y quiero salvar a España y conservarla como paladín y espejo de la cristiandad.

MONTESINOS. El Señor dijo: "Deja tus bienes y sígueme". Tal vez no fueron esas sus palabras: pero así las guarda mi vieja

memoria.

LAS CASAS. Me ha costado mucho, padre, comprender el sentido terrible y jubiloso de esas palabras. Pero... ¿Cómo sabré si mis pasos van por la senda que hasta El conduce?

MONTESINOS. Cuando en la soledad de ti mismo te desgares. Cuando tu fe arrase montañas e ilumine la oscuridad, como los relámpagos.

LAS CASAS. Tengo fe; pero no entendimiento ni fortaleza.

MONTESINOS. No puedo ayudarte, hijo mío. Nadie puede ayudarte. Eres tú quien debe hallar la fuerza, y usarla.

LAS CASAS. ¿Cómo, dónde?

MONTESINOS. En las cavernas de tu pensamiento y de tu corazón. Ahí es donde uno encuentra la verdad, donde no hay cómplices ni perdonadores.

LAS CASAS. Son tantos los necesitados de salvación y tan pobres mis medios y mis luces para socorrerlos...

MONTESINOS. Lo mismo dijo Cristo.

LAS CASAS. Y fue crucificado. Aquí seguimos los hombres, crucificándolo todos los días.

MONTESINOS. Si no estás dispuesto a pagar el precio de la pureza, no la conquistarás y serás inútil para el apostolado.

LAS CASAS. ¿El apostolado? ¿No me exigís mucho?

MONTESINOS. No soy nadie para exigirte. Sólo quiero que otros me ayuden a destrozar las monstruosidades sobre las que se está

edificando el imperio. Yo soy más débil que tú para semejante tarea. Yo vengo de pobres y sólo hablo a nombre de Dios, o de lo que sueño que El se digna ordenarme: tú empezarías como señor, y te creerían. Los poderosos sólo creen a sus iguales. La salvación del Nuevo Mundo exige gente terrible, santos de fuego.

LAS CASAS. Es demasiado, padre. ¿No hay otros caminos de bondad y salvación?

MONTESINOS. Debe haberlos; pero no los conozco. Por lo menos para ti.

LAS CASAS. Oraré, haré penitencia, destrozaré las disciplinas de hierro sobre mis espaldas; clamaré por los montes, hasta que los cielos se dignen oirme.

MONTESINOS. A muchos les basta con la insignificante salvación personal; no a ti. Dios ya te derribó de la cabalgadura con su poderoso rayo, como a Pablo. Humíllate y obedece,

LAS CASAS. He caído demasiado bajo, padre. En lo que me falta de vida no cabrá mi arrepentimiento.

MONTESINOS. Dios lo dirá.

LAS CASAS. ¿Dónde, dónde?

MONTESINOS. En la soledad de tu corazón.

LAS CASAS. (Se arrodilla tapándose el rostro con los puños.) ¿Qué debo hacer?

MONTESINOS. El Señor dijo: "Deja tus bienes y sígueme".

LAS CASAS. Sí.

MONTESINOS. Irás a Cuba y te recogerás en el convento de los dominicos.

LAS CASAS. ¿Por cuánto tiempo?

MONTESINOS. Muchos meses; años, tal vez.

Hasta que ardas.

(Música de órgano, como fondo.)

LAS CASAS. Iré, padre. Dejaré que la sangre se me convierta en lava y que mi fe crezca, hasta transformarse en cólera. Serviré a Cristo como El quiera, como El lo necesite. Y convenceré a los poderosos de que hagan justicia a esta pobre humanidad pagana, pero no más perdida que la nuestra. Iré, padre. Es preciso cambiar las leyes, inspirarlas en la palabra divina, para salvar del infierno a todo el reino. ¿Cuándo debo partir?

MONTESINOS. (Abrazando a Las Casas amorosamente.) Ya has partido, hijo mío. Desde mi playa, desde mi impotencia esperanzada, te estoy diciendo adiós. ¿No lo ves? Te estoy diciendo adiós.
(Música: sube y se desvanece conforme se supone que los dos hombres se dirigen hacia la puerta del templo.)

ESCENA V

(Valladolid, segundo cuarto del siglo XVI. Sala de Audiencias del Consejo de Indias en el palacio real. Frente al telón que cubre el escenario o la oscuridad que lo disimula, Ujier del Consejo de Indias y Adrianico, el criado indio de fray Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapas.)

UJIER. (Gordo pomposo). De modo que tú eres el criado del obispo Las Casas.

ADRIANICO. Sí, señor. Me llamo Adrianico.
UJIER. ¿No tienes apellido?
ADRIANICO. Sí, señor.
UJIER. Supongo que será Gavilán, Caña o Pollo.
ADRIANICO. Conejo, señor.
UJIER. Conejo... ¿Eres cristiano?
ADRIANICO. Sí, señor.
UJIER. Pero ¿cómo si no eres blanco? Sólo los blancos son cristianos.
ADRIANICO. Sí, señor.
UJIER. ¿Por qué rayos dices que sí a todo?
ADRIANICO. Porque hablas muy fuerte.
UJIER. ¿Y cómo quieres que hable, como tú, que hablas como ratón?
ADRIANICO. *(Sonríe, inocente.)*
UJIER. Oye, yo nunca había visto a un indiano. ¿Así son todos?
ADRIANICO. No soy indiano.
UJIER. Eso sí que tiene gracia... ¿Y qué eres?
ADRIANICO. Soy natural.
UJIER. ¿Natural? ¿Natural de dónde?
ADRIANICO. Pues... de donde soy. Tú no conoces.
UJIER. Pero entonces yo también soy natural. Y los demás, porque todos somos de alguna parte.
ADRIANICO. Sí, señor.
UJIER. ¿Quieres decir que somos iguales?
ADRIANICO. Sí; pero no por eso sino porque tú eres cristiano y yo también.
UJIER. ¡Ah, no! Eso sí que no. Iguales, ni por asomo. ¿Quién te ha dicho eso?
ADRIANICO. El padre.
UJIER. ¿Qué padre? Hay muchos padres en el

Nuevo Mundo. *(Para sí.)* Demasiados.
ADRIANICO. Sólo hay uno: fray Bartolomé.
UJIER. ¿Y los demás qué?
ADRIANICO. Son cristianos... a veces.
UJIER. ¿Cómo? A ver: ¿qué es cristiano?
ADRIANICO. Creo que Dios vino para que lo crucificaran y lo vieran irse volando, agarrado de unas palomas. Creo que puedo ir al cielo cuando muera, y allá estaré con el sol. Eso me da mucha alegría y me quita el miedo de morir, como se lo quitó a Diosito porque supo que iba a resucitar.
UJIER. ¿Quién te enseña lo que debes hacer para irte al cielo y no al infierno?
ADRIANICO. Pues... los santos.
UJIER. ¿Y a los santos quién les enseña, a ver?
ADRIANICO. Los animales, las flores.
UJIER. ¿Cómo?
ADRIANICO. Un perro guiaba a San Roque. El dragón llamó a San Jorge para que lo matara y pudiera salvar a mucha gente. Los venados guían a San Telmo para que no se pierda en el bosque; la paloma...
UJIER. Esas son herejías. Los animales no son hijos de Dios.
ADRIANICO. Dios está en todas partes.
UJIER. Sí, pero...
ADRIANICO. Dios es polvo y es agua y es juez y es risa y es llanto y es pulga y es maíz...
UJIER. ¿Quién te ha enseñado eso?
ADRIANICO. Nadie, señor. Sólo yo lo pienso en la iglesia, cuando barro y miro los ojos de las imágenes y los ojos de los ídolos que ofrendan los naturales y las llagas de Diosito,

ahí, todo negro y arrinconado como basura.
UJIER. (*Mostrando un interés casi policíaco.*)
Con que te hablan las imágenes, ¿eh?
ADRIANICO. No, señor: ellas no hablan; sólo oyen y a veces sonríen, al oler el incienso y las velas que les lleva la gente cuando siente triste su corazón.
UJIER. Lo que dices es pecado, eso es. ¿Sabes qué es pecado?
ADRIANICO. Sí, señor. Es robar, mentir, matar, holgazanear. Es comer mucho y caerle encima a las mujeres ajenas. Es traicionar a la gente de uno para servir a los poderosos, a los dueños de las cosas. Es repicar las campanas o redoblar los tambores para que no se oigan los lamentos de los torturados. Es engañar...
UJIER. Oye, oye: no me gusta nada como piensas. ¿De esas cosas vino a hablar tu fraile a la corte? Sí, seguro. Esta es la tercera vez que comparece: insolente, como pedigüeño con garrote. Cuando era sólo fraile yo lo entendía poco; pero ahora que es obispo lo entiendo todavía menos. Los obispos resuelven los líos, no los arman.
ADRIANICO. Yo sí lo entiendo.
UJIER. Lo importante es que lo entiendan los señores, aunque ya están hasta la coronilla de sus lamentaciones y sus intrigas. Son los que mandan, porque pueden. Supongo que distinguirás a los grandes de los pequeños.
ADRIANICO. No, señor: todos somos iguales.
UJIER. Eso se llama soberbia y es el más feo de los pecados.

ADRIANICO. No, señor. Soberbia es creerse igual a Dios, no creerse igual a los hombres.
UJIER. ¡Esas son necesades, idioteces!
ADRIANICO. No te enojés. Se te pone muy fea tu cara.
UJIER. Pues no tengo otra, de suerte que a ver si te va gustando ésta.
(*Adrianico lo examina como a cosa rara.*)
UJIER. Dime: ¿qué hay de... valioso allá en tu país?
ADRIANICO. Pues... el aire, los pájaros.
UJIER. ¿Pájaros? ¿Cuáles pájaros?
ADRIANICO. Pues... los que cantan.
UJIER. (*Bajando la voz.*) Sí, naturalmente; debí imaginarlo: está loco, loco de remate, igual que el fraile ese, empeñado en poner al mundo patas arriba. Oye, a ver si vas aprendiendo algo útil. (*Con voz docente.*) Lo de valor es lo que se tiene y se vende, no los pájaros y el aire. Lo-que-se-tiene. ¿Comprendes?
(*Adrianico alza los hombros y aviva la atención, acostumbrado a aprender.*)
UJIER. Sabes qué es tener, desde luego...
ADRIANICO. No, señor; no muy bien.
UJIER. ¿Cómo que no? A ver... Esa ropa que llevas puesta, ese morral... Bueno: eso es lo que tienes, lo tuyo.
ADRIANICO. No, señor; nomás está conmigo.
UJIER. Pero... algo será tuyo allá en tu país, ¿con un cuerno! ¿No tienes tierras, una casa, un cerdo?
ADRIANICO. (*Sonríe y alza los hombros.*)
Nomás el aire... y los pájaros.

UJIER. Sí, ya sé. (*Para sí.*) Loco, está loco y eso se contagia. Sólo los locos ignoran lo que son las cosas, y lo que es poseerlas o venderlas. (*A Adrianico.*) Ahora verás si eres igual a los señores del imperio, cuando te cieguen con su destello. Y tú, ¡revienta! Y no vuelvas a caerme bajo la vista porque puedes ir a dar hasta a manos de la Santa Inquisición, y te freirán, por... por hechicero.

ADRIANICO. (*Con cierta alegría.*) Sí, señor.

UJIER. (*Alejándose cabizbajo hacia la derecha, murmura.*) El aire, los pájaros... Sí, señor; sí, señor... ¡Coño! (*Mutis.*)

ESCENA VI

(*Tras pausa sin intermedio.*)

(*El escenario, a oscuras, se ilumina lentamente. Esparcidos, como en largo mural, Lope de Conchillos, Escribano Mayor de Indias; Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos; el cardenal Adriano, Gran Inquisidor; Juan Selvaggio, canciller del imperio; el cardenal García de Loiza, presidente del Consejo de Indias; Diego Colón, Almirante de la Mar Océano; Bufón y Ujier. Todos los personajes aparecen como petrificados y empiezan a moverse según los anuncia el Ujier.)*

UJIER. Su excelencia el licenciado Lope de Conchillos. Escribano Mayor de Indias.

BUFON. Riquísimo...

CONCHILLOS. (*En tono confidencial y*

dirigiéndose al público, como los demás cortesanos en el parlamento que sigue a su presentación por el Ujier.) La alcahueta se quedó fuera y ella... ¡Ah, ella! (*Se frota las manos con malicia.*) Le puse el diamante aquí, en el ombligo. Jamás hubo sortija tan hermosa. Parecía una rica joya de Constantinopla.

BUFON. (*Se cierne acompasadamente con una risa sin sonido.*)

CONCHILLOS. (*Llama al Bufón y se inclina para hablarle seriamente.*) La alcahueta ha vuelto; ha vuelto demasiadas veces. Quiere más recompensa. Me molesta. En plena misa, tras las faldas de la Magdalena, se atrevió a hacerme gestos. Sería bueno que hiciera algún viaje, un largo viaje, ¿verdad?

(*Bufón asiente despacio, mientras hace desaparecer en la faltriquera el bolso entregado por Conchillos.*)

UJIER. Monseñor Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos.

BUFON. Conservadorísimo...

RODRIGUEZ. Todo en las Indias anda bien. La Iglesia reina y da esplendor. Abajo queda lo demás. Lo malo, lo peor pudiera decirse para ser más exactos, es eso, eso... las ideas exóticas. A veces son nuevas, a veces viejas. Porque también lo antiguo suele ser peligroso. Exóticas. ¿Comprendeis?

UJIER. Su eminencia el cardenal Adriano, Gran Inquisidor.

BUFON. Va para papa, va para papa; para pa, pa, pa.

ADRIANO. Juntos, siempre juntos la Iglesia y el emperador. El temor de Dios, el temor del rey. El buen obispo fray Bartolomé de Las Casas... Bah! Está demasiado convencido para ser peligroso. En estos tiempos los peligrosos son los reformistas, no los revolucionarios. Estos no son tiempos para revoluciones. ¿Cuáles lo son, por ventura? Además, se necesitan paladines como él. Ni siquiera hay que violentarlos. Y sobre todo, ¡nada de crucifixiones! *(Confidencial.)* Ya veis lo que pasa con los crucificados...

BUFON. ¡Ah, oh! ¡Oh, ah!

UJIER. El excelentísimo doctor Juan Selvaggio, canciller del imperio.

BUFON. ¡Sapientísimo!

SELVAGGIO. Ante todo, la ley.

UJIER. Su eminencia el cardenal García de Loaiza, presidente del real Consejo de Indias.

BUFON. ¡Serenísimo!

LOAIZA. La ley, sí... Recordad cómo nace y para quién se hace, excelencia. Son los hombres los que cuentan, cuando protestan y luchan.

SELVAGGIO. Y también cuando obedecen, eminencia. A veces, por desdicha, cuentan más cuando obedecen. Acordaos: "Bienaventurados los pobres de espíritu..."

LOAIZA. El obispo Las Casas lleva razón, sin duda. Pero la gente que tiene razón, atemoriza. Si al menos no fuera tan... vehemente.

SELVAGGIO. ¿Creeis que obtendría algo de justicia si no espantara con toda ella?

(Loaiza abre lentamente los brazos, haciendo un

visaje de tristeza.)

BUFON. *(Con cabriolas.)* Entre caras y curas, los curas caros. La carta llegó a la corte. La corte leyó la carta. ¿Por qué aún no está harta la corte de corte y carta? *(Saluda a diestra y siniestra.)* Salud, maese... Salud, maese...

UJIER. *(Le pregunta al Bufón algo, confidencialmente.)*

BUFON. Con la marquesa, hombre. Si lo sabe hasta la duquesa, cuya largueza no es sorpresa para la marquesa ni para la abadesa... ya no digamos para mí, que no en mí pero sí en ti, hago pipí...

UNIER. *Quiere golpearlo. Huye el Bufón.*

RODRIGUEZ. *(Con reconcentrado odio.)*

Maldita basura... Sólo sirve para lucir junto a los perros en los retratos que pintan esos maricas italianos importados por su majestad. Siempre habrá un país destinado a arruinar a los demás. Italia nos pervierte, nos desolemniza; nos distancia de lo que éramos, cuando éramos mejor de lo que somos. Este maldito monstruo tiene la calumnia a flor de hocico. ¡Cuántas cosas se ingoraran si éste las ignorara! El poder debería cuidar sus secretos. Desnudarse en público tiene sus inconvenientes.

LOAIZA. Vos y vuestra autoridad... Hay demasiadas autoridades: ángeles y querubines, guardias e inquisidores, corchetes y semicorchetes, vos y yo, aqueste y aquel otro. Si nos dejaran hacer a quienes sabemos...

SELVAGGIO. Pero monseñor, para eso está la Santa Inquisición.

RODRIGUEZ. Estaba, estaba... antes de que su eminencia el cardenal Adriano, aquí presente, quisiera ser papa.

SELVAGGIO. (*Bajando la voz.*) Y de que su majestad quisiera ser santo.

LOAIZA. La verdad sea dicha, en la América hay muchos ricos demasiado ricos. Algo debe quitárseles, ¿no os parece?

SELVAGGIO. Acordaos que son ellos quienes en parte pagan las guerras de Flandes.

LOAIZA. Excelencia: en las guerras los ricos no pagan sino cobran. Me preocupa el poderío de los señores criollos, de esos que no son mucho pero que aquí eran menos. Pronto aquel será el imperio y España la colonia.

SELVAGGIO. A todos los imperios, como a todos los hombres, les llega la hora de morir.

LOAIZA. Pero se muere pronto o tarde. Por ello debemos ayudar a Fray Bartolomé, a quien le encanta echarse cargas.

UJIER. Su excelencia don Diego Colón, almirante de la Mar Océano.

COLON. (*Desenvuelto.*) Yo soy uno de los ricos del Nuevo Mundo. Pues bien: que me libren de propiedades. Al fin y al cabo, sólo por herencia me vienen, igual que la resignación.

BUFON. ¡Oh!

COLON. (*Declamatorio.*) Mi padre era un iluso terco, una gaviota, uno que nació para breve gloria y perdura en estatuas municipales. Nuestra estirpe tiene gran vocación decorativa; ese es nuestro capital.

ADRIANO. Descubrid tierras, almirante. Nuestra santa religión ha menester de salvar más y más almas, para que pronto advenga al reino de los cielos. Os respetan los huracanes porque vuestra estirpe está guiada por el dedo de Dios.

COLON. ¿Descubrir tierras, monseñor? ¿Más tierras para botín de otros?

BUFON. ¡Ah!

COLON. Pero... ¿es que no comprendéis? Hay príncipes en andrajos, como mi ilustre padre: grotesca, maravillosamente equivocado porque nuevo mundo dio al mundo siglos, milenios después de cuando debió ser descubierto. Los mundos nuevos corrompen, menguan seguridad y vida a los países civilizados. Además, cada cosa tiene su nombre. A ver: ¿cómo podrían llamarse las Indias? No Colombina, no Cristobalinda: se llaman América. ¿De qué otra manera podría llamarse América?

LA CORTE. Así... así nomás así... así... así nomás así... (*Rítmicamente, estas palabras van bajando de tono y la corte entera baila a su ritmo y va ocupando los sitios que les corresponden en la escena siguiente. Mutis del bufón.*)

ESCENA VII

(*A ambos lados del trono se dividen los personas de la Escena VI, Bartolomé de Las Casas —obispo de Chiapas— y Juan Ginés de Sepúlveda —historiador y secretario privado del*

emperador—. *Esta escena sigue inmediatamente a la anterior.*)

UJIER. *(A derecha; al concluir esta intervención hace mutis.)* Su majestad Carlos Quinto de Alemania y Primero de España, emperador de la vastedad de la tierra donde no se pone el sol.

(Música. Marcha triunfal.)

(Simultáneamente caen largas oriflamas desde la parrilla, al fondo, y Carlos V, ya anciano y a paso cansado, pero todavía imponente entra, ocupa su alto trono y recibe la reverencia de los circunstantes. Música, fin. Hace un leve gesto a fray García de Loaiza, quien actúa como chambelán de la corte. Todos los personajes de esta escena manifiestan facial y gestualmente sus reacciones hacia los matices fundamentales de la polémica.)

LOAIZA. *(A Las Casas y a Sepúlveda.)* Su majestad os da venia para proseguir.

UJIER. Fray Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapas. Su excelencia el doctor Juan Ginés de Sepúlveda, historiador oficial del reino y secretario privado de su majestad el rey.

LAS CASAS. *(En tono de quien termina un alegato.)* En definitiva, no es misericordia sino justicia lo que pido.

SEPULVEDA. Vos mismo habeis intervenido en la promulgación de las leyes que protegen a los indios. Más leyes habrá, si son necesarias.

LAS CASAS. Las leyes nos limpian la conciencia, ¿no es cierto? Pero como sabeis, se acatan y no se cumplen. No basta haber

decretado que los indios son hombres porque ríen; ahora son hombres no porque ríen sino porque lloran.

SEPULVEDA. ¿Qué pretendéis, al fin de cuentas? ¿Disolver los reinos de ultramar? *(Pausa.)* Anverso y reverso tienen todas las cosas, monseñor; fijaos: la mano, el día y la noche. Os empeñais en hacer de la América una utopía. Pero un gobierno debe atenerse a las realidades. Ya veis: ¿Dónde está la paz que reclamabais haber logrado con los caciques de Guatemala?

LAS CASAS. Todas las noches rezo por los errores ajenos y por los míos. Presentes tengo mis culpas y mis fracasos.

SEPULVEDA. Lo cual prueba vuestra discreción y vuestra humildad. Pero no basta con la salvación propia. La cruz en el pecho debe hermanarse con la espada en la mano para cristianizar y civilizar. Acordaos que Dios también es Señor de los Ejércitos.

LAS CASAS. Dios es amor. No importa quién decrete la guerra y con qué pretexto: toda guerra es injusta y homicida, y además cobarde cuando se hace contra los débiles.

SEPULVEDA. Muy reverendo prelado: un imperio es un sistema de territorios, pueblos e intereses en torno a un Dios, un poder y un destino. Son los imperios los propagadores de la cultura occidental. Las diferencias entre los hombres son cosa natural y emanan de la voluntad de Dios.

LAS CASAS. Si el imperio no es cristiano, consistirá simplemente en una rebatiña de

mercaderes, en la corrupción y la usura. Por esos caminos sólo se siembra enemigos.

SEPULVEDA. Un imperio no requiere amigos sino vasallos, y socios para sus grandes empresas. Debemos aceptar con humildad nuestro destino de fundadores de naciones y defensores de la fe, como aceptamos la lucha contra los moros infieles durante siete siglos.

LAS CASAS. Un gobierno sin moral y sin honor no puede ser cristiano.

SEPULVEDA. El poder es una lógica y una obra, monseñor, no un sentimiento.

LAS CASAS. No importa que edifiqueis ciudades. Abajo, cuando escarbeis para sembrar árboles o buscar minas, o para enterrar a vuestros muertos, aparecerán los huesos, las furiosas calaveras. Vivo ahí abajo, estará siempre el proyecto de lo que pudo ser ese mundo sin nosotros. Hasta que los mestizos, surgidos de la violación y el engaño, nos sepulten con el polvo de los edificios. Porque ellos heredan sangres enemigas, y la nuestra, homicida. Nada, absolutamente nada de lo que puebla la tierra será compartido entre nosotros y ellos mientras sigais explotándolos en vida y matándolos aun dentro de sus venas.

SEPULVEDA. *(Tras pequeña pausa.)* Decididamente, poseéis una extraordinaria capacidad para convertir en montañas hasta los barrancos. Reservad vuestra santa cólera para los herejes empedernidos, no para quienes leal y valerosamente extienden la civilización sobre la barbarie. No hay otra gente para hacer la historia.

LAS CASAS. ¡Sí la hay! Están los misioneros, y los indios que todavía quedan y pronto se extinguirán en la Tierra Firme, como se extinguieron en las Antillas. La riqueza venida a España procede de la sangre de aquella gente otrora innumerable. ¿Por qué no lleváis más negros? Su cristianización y cuidado no son carga de España. Los negros son fuertes y aguantan el calor de las minas y las costas malsanas.

SEPULVEDA. Asombra el amor que de pronto os crece por los indios. Según recuerdo vagamente, no desdeñasteis una encomienda en Venezuela. Os quejabais entonces de quienes amenazaban vuestras heredades y vuestros tesoros...

LAS CASAS. Recibo la puñalada hasta donde habeis querido ensartarla. Sí: fui uno de los primeros en amasar doblones y en abusar de los indios. Luego acudía a la Iglesia, rogaba a Dios protección para mis cosas y daba a los párrocos gruesas limosnas para que me bendijeran; igual que los acaparadores de bienes que todavía son tan fervorosos por aquellos lares. Pero también fui el primero y hasta ahora el único en renunciar a aquellas mercedes reales, y sigo, contrito, purgando mis pecados.

SEPULVEDA. Por lo visto requerís la compañía de todos nosotros para que los purguemos juntos.

LAS CASAS. ¡Sí, mil veces sí! De los males que causan los españoles en la América somos responsables todos. *(Al emperador.)*

Aun vos, majestad, puesto que vos otorgais las mercedes y nombrais las autoridades. ¡Salvaos, majestad, del fuego del infierno!

CORTE. (*Inclinándose como para proteger al rey.*) ¡Ah!

SEPULVEDA. (*Tras Pausa.*) Parece que no hay árbol, por alto que sea, sobre el cual este santo varón no descargue sus iracundos rayos. ¡Cuidado, monseñor!

LAS CASAS. (*Se retuerce las manos.*) ¿Dónde estais, cardenales, arzobispos, que no os veo? ¿Dónde estais, hermanos, vosotros a quienes Dios y el rey escucha más que a mí?

SEPULVEDA. (*Medio paternal.*) Serenaos, ilustre prelado. Blandiendo vuestra espada encendida como un arcángel solitario no conseguireis ninguno de vuestros propósitos. La buena política es la que conduce al éxito, no a la impotencia y a la derrota.

LAS CASAS. Sí, entiendo poco de política. Pero alcanzo a ver que en el Nuevo Mundo, no hay muro edificado que no sea una lápida para España.

SEPULVEDA. Esa es la grandeza de nuestra gesta: pagar con nuestra sangre la construcción de un vasto mundo y despreciar lo que perdemos para dar a otros la grandeza.

LAS CASAS. Una gloria miserable, excelencia. (*Al rey.*) Majestad: he visto desaparecer pueblos enteros. Lo que antes fue paraje amable, valle próspero, lomerío verde, hoy es páramo. Haced de cuenta que vierais la extinción de especies enteras: la codorniz, la

liebre, la gaviota, el ciervo. He recorrido leguas viendo ahorcados que el viento mece. No se respeta a las mujeres ni cuando están preñadas; algunas dan a luz en el campo, donde aran como bueyes. Ni las bestias pueden con los pesos que cargan los hombres y las mujeres. Se les prohíbe hablar su lengua, cantar sus canciones, decir su poesía. Hay tortura, majestad; tortura para que las víctimas delaten hasta a los inocentes. Centenares, miles desaparecen sin dejar rastro, como si se los tragara la tierra; las mujeres los buscan llorando... El sol se mete tras las nubes para no ver tanta miseria.

CORTE. (*Prolongado.*) ¡Oh!

SEPULVEDA. (*Alza los brazos.*) Patética descripción, en verdad. De seguro muchos de los presentes no podrán dormir hoy. El reverendo obispo Las Casas posee una envidiable imaginación, ya lo sabemos. Los holandeses, los franceses, los ingleses acrecentarán sus motivos de agradecimiento para con él, que tan frescos datos aporta a la leyenda negra de nuestra infamia. Es curioso, además, que todos los males de las Indias ocurran precisamente a dos pasos del reverendo obispo...

LAS CASAS. Las desgracias no desfilan frente a mí; a veces se esconden en las mazmorras, en la soledad del campo. Pero he caminado hasta que se me acaban las sandalias, oyendo el clamor de los pobres. He recorrido México, Guatemala, Nicaragua, Venezuela, Perú, las islas. Otros, más sedentarios, se

contentan con gozar de las amenidades cortesanas.

SEPULVEDA. Os prevengo respetuosamente, monseñor: no sigais por ese camino. Nadie os ha hecho juez ni os ha dado autoridad para discutir las razones del imperio ni sus responsabilidades divinas y humanas.

LAS CASAS. *(Al emperador.)* Majestad, vengo por última vez a abusar de vuestra gracia. ¡Salvad a vuestros súbditos; salvad vuestra alma, augusto emperador cristiano!

CORTE. *(Gesto de espanto y de expectación.)*

CARLOS V. *(Tras una emoción que se ha vuelto cada vez más profunda, se pone de pie y recobra su porte real.)* Nos habeis conmovido hasta el tuétano. Nabeis iluminado la verdadera senda de Dios, nuestro Señor. Enviaremos más negros para salvar a los frágiles indios y devolverlos salvos a vuestros brazos en la paz del reino. Sereis arzobispo, príncipe de la Iglesia.

LAS CASAS. *(Se arrodilla frente al emperador.)* En el nombre de Dios, majestad, no me arrebateis de mi ministerio, que se encuentra muy cerca de lo que teneis tan lejos. Aquí hay muchos esclarecidos cancilleres, muy discretos consejeros, sabios ministros. Allá no hay nadie; sólo el clamor de los necesitados.

CARLOS V. Sea... Por nada del mundo querríamos alejaros de vuestra santa misión. ¡Qué alivio habeis dado a nuestra alma al apartarla de su extravío y guiarla hacia la contrición y el arrepentimiento! Nos

recluiremos en un monasterio, rezaremos hasta consumirnos y construiremos nuestra propia tumba para meditar, durante el resto de nuestra pecadora vida, en el juicio de nuestra alma ante el trono de Dios. ¡Id, id con El y predicad! ¡Volved a la América, Protector Universal de los Indios, señor de la bondad y la justicia, sostén espiritual de este trono!

(Las Casas permanece arrodillado, con la cabeza baja. La corte entera parece conmovida.)

CORTE. *(Suavemente y en tono muy bajo.)*
Ummm...

TELON LENTO

SEGUNDO ACTO

(Hacia mediados del siglo XVI. Biblioteca y escritorio de Bartolomé de Las Casas en el palacio obispal de San Cristóbal, Chiapas. Maciza y amplia mesa de trabajo repleta de libros. Sillones. Al fondo un arcón, y unas disciplinas colgadas en la pared.)

ESCENA I

(Las Casas, de pie y moviéndose nervioso, habla hacia una puerta abierta por la cual se proyecta una luz tenue y se insinúa una sombra.)

LAS CASAS. ¡No te permito hablar! Sé lo que vas a decirme. Estás equivocado y no quiero que me convenzas. Irrita la desnudez de tus convicciones, tu retórica acusadora y cruel. A veces das la impresión de tener piojos y echárselos encima a la gente. Me temo haber perdido el tiempo, mi valiosísimo tiempo, enseñándote doctrina y leyes. ¡Ah, pero ya te volviste importante! Y como todos los hijos y los alumnos muerdes la mano que te enseñó a andar. Los grillos inventan hormigas para sentirse dragones. Pero tú no puedes inventarle el mundo a los demás: éste, donde hay piedras conglomeradas en templos y fortalezas desde antes de que fueras proyecto en la mente del Señor; éste, donde hay reyes y criados, hombres de armas y compradores de conciencias. Mentira que los muertos sean semilla, como

repites encantado con una de tus comparaciones agrícolas; son los vivos los que cuentan. Tú eres...

(Fray Cristóbal, monje mulato del convento, entra despacio, sin hacer ruido y tose.)

LAS CASAS. *(Sin volverse a mirarlo.)* Esa no es tós, fray Cristóbal. Estais perfectamente sano. Ya os he dicho que cuando querrais algo, lo digais. Tengo ojo de águila y veo detrás de todas las máscaras.

FRAY CRISTOBAL. *(Con frialdad imperturbable.)* Su excelencia el gobernador y su acompañante siguen esperando. Permitidme que os recomiende bajar un poco la voz; no es preciso esforzarse mucho para escucharos desde lejos.

LAS CASAS. Hay cosas que no se pueden decir en voz baja; casi todo lo que pienso no se puede decir en voz baja. Informadles que estoy... rezando y conjurando al diablo a salir de aquí. Para ellos son verosímiles estos mis diálogos. Me aman hasta sudar bilis y escupir sangre.

FRAY CRISTOBAL. No se irán sin hablaros.

LAS CASAS. Sentirse odiado es amargo; convierte el sentirme amado en una triste consolación, en un trago de vino cuando hay una enorme sed. *(Se sienta a su mesa y toma la pluma.)* Decid a esos caballeros que estoy ansioso de recibirlos.

(Fray Cristóbal observa cuidadosamente la puerta frente a la que hablaba Las Casas, inspecciona la habitación, toma un libro del escritorio y lo esconde tras gruesos infolios.)

LAS CASAS. ¿En qué ocultaciones andais?

FRAY CRISTOBAL. Un libro de caballería.

Obras prohibidas, monseñor.

(Las Casas hace un mohín de fatiga. Fray Cristóbal sale, vuelve precediendo a los recién llegados y hace una reverencia cuando entran el gobernador y el capitán.)

GOBERNADOR. *(Examina furtivamente la estancia.)* Vengo a presentaros mis respetos, monseñor.

LAS CASAS. Soy indigno de ellos. Pero... sentaos, hacedme la merced.

(El gobernador y el capitán toman asiento.)

GOBERNADOR. Está refrescando el tiempo. Este fin de año hará bastante frío, ¿no lo creéis?

LAS CASAS. Tanto es el frío que los viejos sentimos por dentro que apenas nos afecta el de afuera.

GOBERNADOR. Y estos contrastes, con los días tan calurosos y las noches...

LAS CASAS. En este país sólo hay dos estaciones, invierno y verano, lo cual abrevia el tema de las estaciones. Y como ya conversamos sobre el calor y el frío y no hay otra temperatura digna de mención, podríamos pasar a otro tema, si os parece. Estoy a vuestras órdenes.

GOBERNADOR. *(Amoscado.)* Sí, en efecto. Pues... os suplico perdonar la interrupción de vuestros estudios y meditaciones; pero el asunto que me trae es grave.

(El gobernador consulta con la mirada a su acompañante, quien asiente.)

LAS CASAS. ¿Grave?

GOBERNADOR. Se trata otra vez de los alzados. Saquearon una aldea de la sierra, soltaron canoas para que se destrozaran en una crecida del río, cortaron en numerosos puntos el acueducto del agua potable. Esta es la hora en que nada se sabe de tres guarniciones nuestras.

LAS CASAS. Rogaré por las almas de los muertos y por el arrepentimiento de los vivos.

CAPITAN. (*Terminante.*) Hemos organizado tropa bien armada que irá a pacificar la zona en cuestión.

LAS CASAS. Los hombres de guerra siempre están hablando de paz. Tengo entendido, por otra parte, que ya habeis despachado otras expediciones, sin resultados dignos de llamarse triunfales.

GOBERNADOR. El principio de la colonización pacífica, al que tan singular dimensión ha dado vuestra merced, es también el más equitativo y el más económico. Hemos decidido emplearlo y venimos a pedir vuestro consejo.

LAS CASAS. No sabría cómo aconsejar a la autoridad real y a los soldados.

CAPITAN. Los alzados, sean indios, sean negros, se vuelven cimarrones y sólo entienden por la fuerza. (*Brusco.*) La seguridad del reino exige tratarlos como se merecen. Las buenas palabras sobran.

GOBERNADOR. (*Haciendo un gesto casi imperceptible de impaciencia contra el*

militar, se dirige a Las Casas.) Es absolutamente indispensable vuestra intervención en este asunto, monseñor.

LAS CASAS. ¿Qué quereis de mí, que me ponga al frente de vuestras muy piadosas tropas y vaya a bendecir no sólo la matanza de los alzados sino la de los aldeanos que no los denuncian como a leprosos?

GOBERNADOR. Si vos los llamais, reanudarán su trabajo y su vasallaje al rey, nuestro señor. Y no les haremos pregunta alguna.

LAS CASAS. ¿Por qué se fueron?

GOBERNADOR. Lo ignoro. Por desagradecidos, supongo. Se les protegía, se les curaba, se les impedía que los hacendados los llevaran a trabajar a la costa contra su voluntad. Estos son mis informes.

LAS CASAS. Los míos son distintos, excelencia. Aquí se ha llegado a colmos desconocidos aun en otras partes del Nuevo Mundo. Esa gente, que ha bajado a la condición de sombra, decidió no tener hijos, para evitarles lo que ellos han sufrido. Pues bien: por la noche suena la campana de órdenes de las haciendas para obligar a los hombres a ayuntarse con las mujeres; de ese modo se asegura la producción de esclavos.

GOBERNADOR. Me sobresaltan esas nuevas, monseñor. Os juro que yo ignoraba...

LAS CASAS. Uno a uno se conoce a los culpables.

GOBERNADOR... Os suplico que me ayudeis a castigarlos.

LAS CASAS. Soy un pobre fraile, nada más.

GOBERNADOR. Vuestra humildad me conmueve. Pero vos sois el Protector Universal de los Indios; tal es vuestro justo título. Está en juego la tranquilidad de todo el reino. La agitación se extiende desde México hasta Nicaragua. No tenemos elementos para aplacar un alzamiento de tales proporciones.

LAS CASAS. *(Preocupado.)* Sí que es vasta la conmoción.

CAPITAN. Vasta y criminal. Hay que actuar inmediatamente.

GOBERNADOR. Creedme que me siento desolado al molestaros; pero esta vez las cosas llegan demasiado lejos y ponen en peligro los intereses de todas las autoridades de estos reinos, desde su majestad hasta la Iglesia; hasta la Iglesia, monseñor. Los indios alzados no volverán a vivir en paz si no se los ordena un hombre, un solo hombre: el cacique Tamayo.

(Las Casas asiente, reflexivo.)

GOBERNADOR. Es fiero y orgulloso. Pero os lo confiaron desde niño en Santo Domingo; ha sido vuestro alumno y a pesar de sus actividades actuales es de suponer que os tributa especial reverencia.

(Las Casas hace un gesto ambiguo.)

CAPITAN. Si al finalizar el mes no se ha tranquilizado todo esto, mis soldados intervendrán con la mayor energía y buscaremos por todas partes, por todas partes... *(Se pone de pie de golpe.)*

GOBERNADOR. Y morirán muchísimos indios,

monseñor. Tal vez haya modo de que pudieseis comunicaros con el cacique Tamayo.

LAS CASAS. *(Repuesto.)* No tengo medios, intenciones ni costumbre de relacionarme con alzados; sobre todo cuando amenazan los intereses de los honestos comerciantes, los emprendedores hacendados y el orden público a cargo de vuestra digna autoridad. *(Se pone de pie.)*

(Gobernador y Capitán hacen lo mismo. Entra fray Cristóbal y espera junto a la puerta de salida.)

GOBERNADOR. Sea todo por el amor de Dios, nuestro Señor.

LAS CASAS. Amén.

(Gobernador y Capitán hacen reverencia — tuesa la del segundo— y salen, no sin que el primero diga a las Casas.) Por lo menos rogad a Dios, con quien sí teneis santa relación, que ilumine al cacique Tamayo. *(Hace nueva reverencia.)* Monseñor... *(Sale.)*

(Fray Cristóbal mira a Las Casas y sale tras el gobernador.)

ESCENA II

(Las Casas, el cacique Tamayo, su hija Andrea. Tras momentánea inmovilidad, Las Casas se dirige rápidamente a la puerta derecha y la abre de golpe. A paso seguro y lento entra el cacique Tamayo, seguido de su hija Andrea Tirey.)

LAS CASAS. ¿Y ahora qué dices, señor Tamayo?

TAMAYO. *(Digno, seguro, suave.)* Amenazan

demasiado para ser peligrosos. Tienen miedo.
LAS CASAS. Todos tenemos miedo. Pero están hablando de la muerte.
TAMAYO. Es el riesgo de la violencia, padrecito. Tú eres un luchador y lo sabes. Pero te quieren volver un santito pelón, un pedigüeño de favore chicos, un milagrero de los señores, una estatua para que encima descansen y se caguen las palomas. No lo permitas. Escúchame, por favor.
LAS CASAS. No trates de convencerme, ¡vive Dios! La violencia es guerra, estrépito, desorden, desperdicio de fuerzas. Todo lo que se forma con violencia estalla. La violencia nunca puede convertirse en justicia.
TAMAYO. Es el único idioma que entienden. ¿Cuánto tiempo llevas hablándoles, mostrándoles la luz? Con la bondad no vas a ninguna parte; no los vencerás.
LAS CASAS. Nunca venceré. Pero Dios sí podrá hacerlo, y no a través de sus vicarios sino porque lo obligarán la fe y el clamor de la pobre gente innumerable.
TAMAYO. ¿Cuándo? No, padrecito. Lo único que podemos hacer es lo que estamos haciendo... para no morir de otro modo.
LAS CASAS. Tú eres el responsable de todos los cadáveres. Es inútil que juegues a redentor. Estás equivocado; estás equivocado, te digo.
TAMAYO. Yo no ofrezco vida eterna; tú tampoco, padrecito. *(Pausa.)* Lo que me dices te purifica ¿no es cierto?
LAS CASAS. Sí, sí; ya lo sé. Suena igual al discurso de los traficantes y los

justificadores, de esos que andan predicando obediencia y conformidad entre los hambrientos y los desgraciados. Pero lo que pretendes de mí suena a provocación de fariseos. "Si eres dios, ¿por qué no revienta tu cólera y aplastas a tus enemigos", le decían a Cristo para que no se dejara crucificar. O sea: "Si eres Dios ¿por qué no dejas de serlo?" ¿Verdad? ¿Pues no! Mi camino es áspero y largo; pero es mío, mío y no lo dejaré; no lo dejaré aunque me conduzca a los abismos.
TAMAYO. ¿Por qué no me denuncias, entonces? ¿Por qué señalas a los malvados y nos enseñas a conocerlos desde hace tantos años? ¿Por qué curas nuestras heridas, si sabes que apenas curados volvemos a pelear?
LAS CASAS. *(Se derrumba en el sillón frente a la ventana.)* Tenías que preguntármelo; tenías que provocarme hasta con eso. Pues bien: no te he denunciado porque esperaba convencerte de que volvieras al redil, de que no mataras. Déjame a mí la lucha contra ellos. Es mi destino y mi cruz, y me basto para cargarla.
TAMAYO. Aprisco, redil... son palabras de la santa Biblia. ¿verdad? Palabras para ovejas. Pero nosotros ya no somos ovejas. El redil que nos propones es cárcel y vergüenza.
LAS CASAS. Como sigas haciendo tu guerra y robándome la mía, yo mismo te entregaré al gobernador.
TAMAYO. *(Dulcemente.)* No vas a denunciarme, padrecito. Tú me enseñaste a pelear.

LAS CASAS. ¡Mientes! Yo no te enseñé a matar, y menos a morir. La vida es sagrada, más sagrada que la muerte. ¿A dónde has conducido a tus compañeros sino a la muerte? ¿De qué sirven ahora, y a quién? ¿A cuántos pueden resucitar las lágrimas que por ellos derraman las mujeres?

TAMAYO. Vivieron poco; sólo un poco, es verdad. Pero ese poco lo vivieron como hombres libres.

LAS CASAS. No seas terco. Es imposible ser libre cuando se sabe que uno va a morir mañana; hoy, tal vez. Se es libre cuando se espera vivir para gozarlo y para enseñar a vivir a otros. Tú eres un enterrador, eso es lo que eres. Y voy a denunciarte.

TAMAYO. *(Dulcemente.)* Entonces, tú también te harías enterrador, ¿no es cierto? Y enterrador de quienes te aman.

LAS CASAS. ¡Lárgate de una buena vez!

TAMAYO. Padrecito...

LAS CASAS. No quiero oírte.

(Tamayo sonríe con tristeza y quiere besarle la mano. Las Casas la retira bruscamente.)

LAS CASAS. ¡No me ensalives! Ya te he dicho que no se le besa la mano a nadie.

TAMAYO. ¿Ni siquiera a los santos de la iglesia?

LAS CASAS. No. Son de madera, nada más.

TAMAYO. Bueno, padrecito... Te dejo a la muchacha. Ella no puede vivir en la montaña.

LAS CASAS. Déjala en tu pueblo.

TAMAYO. Le arrancarán sus senos pequeños, le

abrirán el sexo a cuchilladas y la degollarán.
LAS CASAS. *(Hace un ademán de enojada aquiescencia.)* Lárgate ya... Vete al infierno... Y ojalá las hormigas te monden los huesos en la selva.

(Tamayo abre la puerta a izquierda con sigilo. Se oye un silbido lejano y luego otro, más distante. El cacique mira a Andrea y cierra la puerta tras él, sin ruido.)

ESCENA III

(El mismo escenario. Las Casas y Andrea Tirey.)

LAS CASAS. *(De pie, mirando a la puerta por donde se fue el cacique. En voz baja.)* Yo no le enseñé a morir. *(Andrea se acerca a él.)* ¿Y tú, quién eres?

ANDREA. El cacique Tamayo es mi señor padre.

LAS CASAS. Sí, sí. ¿Qué quieres?

ANDREA. Nada.

LAS CASAS. ¿Cómo? ¿No quieres trabajar, aprender algo?

ANDREA. No. Ya sé algunas cosas.

LAS CASAS. ¿Cuáles?

ANDREA. Las que le enseñaste a mi padre. Mi padre me las enseñó a mí, y me enseñó otras.

LAS CASAS. ¿Cuáles?

ANDREA. No te lo digo.

LAS CASAS. Como quieras; de todos modos, imagino que no será el misterio de la Asunción. Bueno, pero no vas a seguir ahí de pie un año.

ANDREA. Quiero estar aquí. *(Avanza un poco)*

hacia él.)

LAS CASAS. Hablaré con las monjas para que te reciban en el convento.

ANDREA. No me gustan los conventos.

LAS CASAS. Pues no son mejores ni peores que otras partes. Esta es también una casa religiosa.

ANDREA. Quiero estar aquí. (*Avanza un poco más hacia él.)*

LAS CASAS. Te aburrirás. Soy un fraile que maldice y escribe. No es mucho lo que puedes esperar de mí. Ya ves, la senda que toman mis aventajados discípulos.

ANDREA. Yo no soy tu discípula. Yo soy una mujer.

LAS CASAS. Eres cristiana, espero.

ANDREA. Quiero creer en tu Dios. Tú sabes dónde está.

LAS CASAS. Sí: está en todas partes. Está en ti, si lo buscas.

ANDREA. No, no está en mí; ya lo he buscado. Adentro sólo tengo humedad, una cabeza que piensa cosas frías y un corazón galopando.

LAS CASAS. Eso lo tenemos todos. Y también una llama chiquita, una especie de conejo tibio, un ojo que no duerme, una voz que puede decirnos a dónde ir. Eso es Dios.

ANDREA. No me engañes. Tú le dijiste a mi señor padre que Dios no es cosas. Sólo tú tienes a Dios adentro. Dámelo.

LAS CASAS. Lo sagrado no se da como si fuera una fruta.

ANDREA. No es cierto. Te he visto en la misa.

Repartes hostias de trigo blanco y una copa de vino. Una vez rodó una gota por tu ropa y la pisaste con tu sandalia.

LAS CASAS. Esos son símbolos. Lo sagrado es otra cosa. ¿Cómo te explicara?

ANDREA. ¿Para qué? Yo sé qué es lo sagrado y puede ser malo; sólo es bueno cuando hace hermoso lo que siento. Tú eres sagrado.

LAS CASAS. No blasfemes. Yo apenas soy un mísero pecador.

ANDREA. ¿Qué cosa es mísero?

LAS CASAS. Pequeñito, infeliz, mortal.

ANDREA. No me gusta la muerte. Cada vez que hablan de la muerte parece que me rozaran el sexo con un cactus.

LAS CASAS. Las palabras no te salen de la cabeza sino de los sentidos, de las entrañas, como las voces de las fieras.

ANDREA. Me salen de la vida. Tú no puedes comprender; tú eres hombre y los hombres viven hablando de la muerte. A las mujeres, las palabras nos salen de la carne, como los hijos.

LAS CASAS. ¿Cómo podría entender la vida así, con todo y mis cánones y mis doctrinas y mi teología y... mis años?

ANDREA. Tú no eres viejo; tampoco eres joven. Tú eres algo cierto y lo cierto está ahí y estará ahí siempre.

LAS CASAS. Por el contrario, hija mía. Soy menos cierto que los sueños. A veces pienso que me están soñando y que desapareceré de pronto, apenas despierten los que me sueñan.

ANDREA. No te comprendo. Y no me digas
hija: soy una mujer.
LAS CASAS. Está bien. ¿Cómo puedo
ayudarte?
ANDREA. Quiero creer en Dios y a él no voy a
entenderlo nunca sin ti. *(Está ya muy
próxima a Las Casas.)*
LAS CASAS. Reza ¿No sabes rezar? A ver,
repite: "Padre nuestro, que estás en los
cielos..."
ANDREA. Yo sé esa oración; termina hablando
de la muerte.
LAS CASAS. Repite: Dios es misericordia...
ANDREA. Dios es misericordia...
LAS CASAS. Dios es perdón...
ANDREA. Dios es perdón...
LAS CASAS. Dios es la vida eterna...
ANDREA. Dios es la vida eterna...
LAS CASAS. Dios es amor...
ANDREA. Dios es amor...
LAS CASAS. Dios es misericordia...
ANDREA. Dios es amor...
LAS CASAS. Dios es perdón...
ANDREA. Dios es amor. *(Se abraza a las rodillas
del fraile.)*
LAS CASAS. Dios es la vida eterna... Dios es
justicia... Dios es salvación... Dios es
misericordia...
ANDREA. Tú eres amor.
(Música al fondo.)
LAS CASAS. Yo soy el siervo de Dios.
ANDREA. Sólo tú puedes llevarme hasta él.
LAS CASAS. Dios es perdón.
ANDREA. Si tú no sabes amar como Dios,

nunca creeré en él. Y me violará un soldado
y me abandonará y luego me violará otro, y
pariré odiando a un hijo ciego, con las manos
como muñones. Y acabaré asustando a la
gente con mi llanto por los cerros y vendré
de noche a la iglesia a escupir el altar y a
desnudarme ante los santos.
LAS CASAS. Glorifica mi alma señor... Dios del
cielo, derrama tu luz sobre esta criatura
pagana y de furiosa tierra.
ANDREA. Dios es amor. Repite: Dios es amor.
LAS CASAS. Dios es la luz en la tiniebla.
ANDREA. *(Se abraza un poco más alto a Las
Casas.)* Si no me amas, nunca creeré en él.
Nunca, nunca...
LAS CASAS. Señor, hazme tu camino y tu
verbo santísimo. Hazme la pureza de la
eucaristía. ¡Sálvala, sálvanos!
*(La luz baja poco a poco, mientras Andrea se
abraza al fraile cada vez más arriba.)*
ANDREA. Dios es amor. Dios es amor. Repite...
(Música se desvanece.)
(Oscuridad completa.)

ESCENA IV

*(Igual escenario. Las Casas y Adrianico. A la luz
de unas velas, Las Casas escribe, consultando a
ratos algún infolio.)*

AdRIANICO. *(Con un azafate donde hay una
taza y un pan.)* ¿De veras no te vas a tomar
tu chocolate, padre?

LAS CASAS. No, gracias.

ADRIANICO. Haces bien; está muy feo.

LAS CASAS. ¿Quién lo hizo?

ADRIANICO. Yo; pero está muy feo. Come algo, por lo menos. Amanece y hasta aquí oigo los ruidos que te hacen las tripas.

LAS CASAS. Bueno; deja el pan ahí.

ADRIANICO. *(Poniéndolo sobre la mesa.)* Te traía otro también; pero me lo comí.

(Las Casas sonríe, hace un gesto amable a Adrianico para que lo deje solo y continúa trabajando, mientras muerde distraídamente el pan. Adrianico sigue de pie frente al obispo.)

LAS CASAS. ¿Qué te pasa?

ADRIANICO. No me quiero ir.

LAS CASAS. Pues no te vayas. Haz algo por ahí.

ADRIANICO. *(Dejando el azafate sobre la mesa.)* Vengo a hablarte de la peste.

LAS CASAS. ¿De qué?

ADRIANICO. Te ves cansado. Anda a dormir, y te diré las cosas cuando despiertes.

LAS CASAS. No, no: ahora mismo.

ADRIANICO. Hace muchos días comenzó en los barrancos, junto al cementerio. Por allá viven los naturales más pobres, los que comen ratas, y algunos negros. Mueren de día, chamuscándose los ojos para ver el sol por última vez. De noche es mejor; entonces pueden llorar sin que les dé vergüenza. Ya ni siquiera entierran a sus muertitos.

LAS CASAS. ¿Por qué no me habías dicho nada?

ADRIANICO. En estos días has estado muy enojado, y muy triste. Te molestan mucho, ¿verdad?

LAS CASAS. ¡Bah! Pero ¿cómo hace esa gente para comer?

ADRIANICO. ¿Comer? Ya no tienen qué comer. Todo lo cambiaron en el mercado: sus aretes y sus collares, sus flechas, sus cerbatanas, sus ollas, sus nidos de pájaro; hasta su pelo, para que los que saben trencen riendas y bozales.

LAS CASAS. Inmediatamente veré al gobernador. Es monstruoso...

ADRIANICO. No está: salió para México. Iba tan ligero que el polvo del carruaje blanqueaba las pestañas. Dicen que las demás autoridades también se irán. La Audiencia está cerrada con un candado de este porte...

LAS CASAS. Pero... algo hay que hacer, y ahora mismo.

ADRIANICO. Ya se comieron a los perros y a los gatos. Y... mejor no te cuento porque te va a doler tu corazón.

LAS CASAS. ¡Habla!

ADRIANICO. Anoche se comieron a un viejo.

LAS CASAS. ¡Santo cielo! *(Queda anonadado; recorre la estancia como enjaulado, retorciéndose las manos.)*

ADRIANICO. Háblale a Diosito, ¿no?

LAS CASAS. Después, después... ¡Qué horror! Sí. Hay que hacer algo. Lo primero es el hambre. ¿Comprendes? El hambre... Sí... *(Se detiene en seco y golpea con los puños la gran cómoda donde se guarda los objetos del culto.)* Tenemos que hacer algo, inmediatamente... *(De pronto abre la cómoda y comienza a sacar febilmente un copón, ostensorios, cálices, manteles*

bordados, unos candelabros.) Dame ese zurrón.
(Adriánico descuelga el zurrón y se lo da. Las Casas mete en él los objetos, murmurando palabras incoherentes.)

LAS CASAS. *(Cargando con dificultad el bulto.)* ¡Vamos, de prisa!

ADRIANICO. *(Ya junto a la puerta.)* Yo lo llevo. Ya estás viejo, padrecito. *(Toma el saco con una mezcla de respeto y miedo.)*

LAS CASAS. *(Se vuelve y mira al crucifijo.)*
Tenemos que hablar, Señor. *(Sale.)*

ESCENA V

(El mismo escenario. Bartolomé de Las Casas y fray Cristóbal, dominico de su diócesis.)

CRISTOBAL. Monseñor, pido vuestra venia para tratar un caso personal.

LAS CASAS. *(Sin volverse, pues está cerca de la ventana y con la vista fija en ella.)* Siempre la teneis.

CRISTOBAL. Os ruego concederme permiso para solicitar traslado a otra diócesis. Deseo recluirme algún tiempo en un convento de nuestra Orden.

LAS CASAS. *(Volviéndose lentamente.)* El Señor os tiene aquí para que desempeñeis una asidua misión conmigo.

CRISTOBAL. Varias, monseñor; pero ya están concluidas.

LAS CASAS. Nunca se sabe. A lo mejor me llevan al cadalso y sereis testigo en mi contra.

CRISTOBAL. Dicho sea con el debido respeto, os equivocais. Muchas veces os he oído suponerme malas intenciones hacia vos. Pero no creo revelaros nada nuevo al decir que desde hace quince años informo periódicamente, constantemente a los superiores hasta sobre vuestros más cortos pasos.

LAS CASAS. A ello debo, tal vez, haberme librado de riesgosos negocios con la Santa Inquisición, y a lo mejor hasta de la excomunión de parte del infalible Vaticano. ¿No es cierto?

CRISTOBAL. No me atreví a insinuarlo, siquiera.

LAS CASAS. Pero yo sí me atrevo a manifestar que os estoy muy agradecido.

CRISTOBAL. Se agradece los favores, no los deberes. Por cumplirlos he atravesado con vos montes, tierras de media hambre, mares bravos. Con vos he corrido riesgos de asesinato. Sois mi superior y os he obedecido, aunque jamás en aquello que viola las reglas de la santa madre Iglesia.

LAS CASAS. Bien... Dirigíos a nuestros superiores. Tardarán poco en haceros saber que no podeis abandonar la vigilancia.

CRISTOBAL. Trato de ser un verdadero cristiano, monseñor.

LAS CASAS. ¡Ah! Con cuánta pureza disimulais vuestras poquísimas debilidades...

CRISTOBAL. Respetuosamente os recuerdo, monseñor, que yo no os juzgo; sólo Dios tiene la atribución de juzgaros.

la plana al Creador?

(Las Casas va cayendo en una desolación total y alza los brazos, sin poder articular palabra.)

CRISTOBAL. ¿Cuánto durará vuestra última confesión, hasta limpiar vuestra conciencia? ¿Podéis morir en paz si haceis la cuenta de los negros que han matado en la inacabable inmensidad de estas tierras?

(Las Casas hace el mismo gesto, aunque más débil.)

CRISTOBAL. *(Sin prisa, va junto a la puerta y descuelga las disciplinas.)* He ofendido con las más bajas injurias a mi superior. No me será fácil arrepentirme de todo corazón. Mis horribles pecados deben purgarse implacablemente desde ahora, conforme a las reglas de nuestra Orden. Monseñor, os suplico que me castigueis. *(Le tiende las disciplinas.)*

LAS CASAS. *(Arrojándose a los pies del fraile.)* Perdonadme.

CRISTOBAL. *(Tomándolo por los brazos, azorado.)* ¡Alzaos!

LAS CASAS. Os suplico me perdoneis.

CRISTOBAL. *(Alzándolo al fin, con dificultad.)* No os luce arrodillaros. Quien sabe hacerlo soy yo, que soy negro.

LAS CASAS. *(Con la vista rendida.)* Perdonadme.

CRISTOBAL. *(Tendiéndole las disciplinas.)* No sin que antes cumplais con vuestro deber. No permitais que caiga sobre mi conciencia una generosidad vuestra; seríais cómplice de mi insubordinación, mi ira y mi orgullo. *(Cae de*

rodillas y desgarrá sus hábitos, dejando la espalda al descubierto.)

(Las Casas hace lo mismo. Los dos hombres se miran con intensidad. Las Casas toma lentamente las disciplinas y con ritmo parejo, vigorosamente azota al fraile y luego se azota él. Ninguno de los dos se lamenta; sólo se doblan sobre sí mismos resintiendo el dolor. Esta escena debe ser de un realismo contundente.)

LAS CASAS. *(Sin suspender la flagelación.)* Perdonadnos, Señor. Perdonadnos, Señor. Perdonadnos, Señor...

(Oscurecimiento total.)

ESCENA VI

(El obispo Bartolomé de Las Casas sentado en el sillón frente al ventanal de su biblioteca, por donde entra una tenue claridad que conserva el recinto en la penumbra. Puede provenir también de un tenue reflector colocado atrás del público de platea. La música, que ha comenzado desde antes de levantarse el telón o de iluminarse el escenario, se extingue lentamente hasta finalizar antes de que hable Las Casas.)

LAS CASAS. Por fin. ¿Verdad, Señor? Cuesta mucho encontrarte en estos días. Hemos estado tan ocupados tú y yo... Además, ¿qué puedo contarte que tú no sepas? Para mí ya no hay otra novedad radical que la muerte... Oye: ¿cómo es posible que permitas la poda de hombres en una tierra como esta, donde la vida estalla de tal modo entre millones de animales y plantas? ¿Es tu designio que de

ellos no sea el reino de este mundo? ... Pero... ¿no has visto, por ventura, que hasta los ataúdes florecen apenas cae la lluvia? Estoy fatigado de maldecir y caminar. Muy bien pudiste compartir conmigo las cruces y las espinas. ¿No te parece? Porque cuando te necesité, casi nunca acudiste. Sí, ya sé: necesitar no es amar. Perdona: no supe amarte; a muchos de los fuertes como yo les sucede otro tanto. No te amé como a ti te complace que te amen. Mi amor se parecía demasiado al hambre, a roerte hasta quedarme sin tu luz, siquiera. Pero... ¿no es eso lo que haces con nosotros? ¿No nos conviertes en polvo de tanto amarnos? *(Pausa.)* Cargado me encuentro con todos los pecados; confundidos van, en mi fardo, los míos y los ajenos. Pero ¿cómo podrías resplandecer si no hubiera tinieblas? ¿Cómo podrías ser la bondad que eres sin la maldad que soy, en lucha diaria, incesante contigo? Contesta... ¡Contesta! *(Pausa.)* No, no contestes. Está bien así; nada pudo ser de otro modo. *(Pausa.)*

LAS CASAS. Dicen los hombres que los creaste a tu imagen y semejanza. Perdónales su inconmensurable soberbia; porque nunca les has dicho que eres distinto, infinitamente distinto. *(Música de Bach, final de una de las misas, suave al fondo.) (Pausa.)* Ha llegado mi hora. Adiós, Señor. Quemándose van mis alas al despeñarme de tu trono. Y no olvides que ahora te quedas solo, asediado por las súplicas de los creyentes y por la ira de todos

los hombres, de todos los hombres... *(Bartolomé de Las Casas muere de rodillas, inmóvil, con la mirada fija en la claridad a la que se ha dirigido.)*

CORO DE VOCES. *Fuera del escenario. (En el trasfondo, música de Bach.)* Para siempre veneraremos la huella de tu sandalia, el lugar donde cayó tu cólera sobre quienes te odiaron y nos humillaron. Hablaste por nosotros cuando reinaba la tristeza. Aquí estarás mientras haya ladrones de sueños, verdugos de inocentes. Ahora ya tenemos fuerza para alcanzar la justicia y la alegría. *(Música sube a pleno volumen, hasta terminar su frase.)*

TELON

Este libro se imprimió en los talleres gráficos de Serviprensa Centroamericana, de Guatemala, el 15 de enero de 1988. La edición consta de 1,000 ejemplares en papel bond de 80 gramos.

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS